

RICCARDO FRANCOVICH, ARQUEÓLOGO E INTELLECTUAL INSOBORNABLE

Hablar de Riccardo Francovich es relacionar su faceta humana con la gran dimensión científica que tuvo. Si ésta se puede entender viendo no sólo sus publicaciones, sino también su actividad de organizador y promotor de reuniones, revistas, ediciones, etc., aquélla lo impregna todo. Era un hombre excesivo en el mejor sentido de la palabra. Su formación era muy densa y tenía una concepción del mundo y de la vida propias de un habitante del Mediterráneo. No en vano pasó largo tiempo en la isla de Elba, en donde tenía raíces familiares, y navegaba por sus costas. Su ascendencia austriaca, como señalaba con frecuencia, le había dado un rigor en su proceder que compaginaba como podía con su carácter toscano y mediterráneo. No era precisamente un hombre pausado, sino un volcán de emociones que arrebatava a cuantos estaban a su lado.

Si hubiera que destacar algo por encima de todo de Riccardo Francovich sería su compromiso personal y social. Hijo de una familia culta, de un padre historiador y de una madre matemática, en su casa, en la que siempre sus amigos nos sentíamos como en la propia, se respiraba ese sentido de una vida ilustrada y liberal, una posición crítica e insobornable ante los atropellos y las injusticias. El valor civil de la cultura estaba por encima de otros intereses.

Su compromiso con su tiempo le llevó a entender la Arqueología como una actividad científica y social. Atento a cuanto ocurría a su alrededor, su actividad era imparable. Convencía con la razón y con la pasión que ponía en todo. Era imposible no dejarse arrastrar por su palabra y sus gestos, pero menos aún por su dialéctica implacable.

Estudioso de la "materialidad", sin miedo ni vergüenza en un mundo académico lleno de posturas falsamente refinadas, sus trabajos lo prueban sin ningún género de dudas. La investigación arqueológica desarrollada por Riccardo Francovich y la de la escuela que ha creado, de las más importantes de Europa, es esencialmente histórica, porque plantea y debate problemas sobre la organización de la sociedad medieval.

No queda, sin embargo, aquí su aportación. El concepto que tenía de la arqueología va más allá de una investigación de forma aislada de los procesos históricos partiendo de la recuperación y examen de los vestigios del pasado, que siempre entendió que eran fruto del trabajo de los hombres, considerados como seres sociales, claro está.

La arqueología obliga a un debate en profundidad sobre los métodos y las técnicas de trabajo. El registro arqueológico no es como el de hace unas décadas, cuando había una selección intencionada de los objetos recuperados. La aparición del método Harris, que conduce con rigor las intervenciones arqueológicas, ha hecho que sean miles y miles de datos de los que

disponemos. Su gestión y manejo no es nada fácil. Por otra parte, el análisis del territorio, imprescindible para cualquier arqueólogo, aunque haga una pequeñísima excavación en un solar de una gran ciudad o en medio del campo, obliga a trabajar con muchísimas variables que han de ser cruzadas y relacionadas. De forma inmediata aparece no ya sólo la necesidad de elaborar un registro arqueológico muy minucioso y completo, sino también operativo para la investigación. Y a ello dedicó mucho tiempo R. Francovich, consciente como era de que había que conseguir resultados. Por eso abrió una línea de trabajo en la que concurren numerosos especialistas. La informática y sus aplicación a la arqueología le llevaron a tareas muy diversas y complementarias, como la elaboración de un sistema de registro propio, la creación de una plataforma GIS, e incluso el perfeccionamiento de los análisis de la fotografía aérea. No en vano, y ésta es una de las múltiples virtudes de Riccardo, apoyó con entusiasmo la aparición de la revista *Archeologia e calcolatori*, en donde se discuten estas y otras muchas cuestiones de interés sobre el tema.

Su concepto de la arqueología, sin embargo, no acababa aquí. Sería demasiado «antiguo», como gustaba de decir con ese carácter provocador y al mismo tiempo afectuoso que tenía. Le preocupó siempre el problema de la tutela y la conservación de los bienes culturales. En esto sigue la tradición civil italiana, plagada de discusiones de un grandísimo interés, que pone el acento en la necesidad de trascender el mero trabajo arqueológico y que quiere despojar a la administración de un poder omnímodo, característica demasiado conservadora, sobre el destino de los yacimientos arqueológicos. La preservación y gestión de los mismos, como de todos los bienes culturales, debe ser una tarea colectiva en la que, por supuesto, han de intervenir los ciudadanos, legítimos propietarios colectivos de los mismos, pero con la inexcusable participación de los arqueólogos, que en gran medida los han sacado y sacan a la luz. En su tarea el arqueólogo muestra las contradicciones de los yacimientos en una sociedad depredadora como la nuestra, a la que hay que poner freno y enseñar el valor no mercantil de la cultura, aunque genere riqueza.

Es por ello por lo que dedicó su esfuerzo, a veces titánico, a crear parques arqueológicos. En contacto directo con la realidad social en la que se movía, Francovich era un intelectual de acción.

Fundador de la gran revista *Archeologia Medievale*, que, según me contó en varias ocasiones, comenzó con un préstamo que sus propios padres le financiaron, en ella ha dado acogida a los grandes debates de nuestro tiempo. Y al mismo tiempo animó y organizó reuniones que hoy consideramos esenciales para el conocimiento histórico-arqueológico, siendo dignas de recordar aquéllas que se celebraban en la Certosa de Pontignano, cerca de Siena. Una de ellas estuvo dedicada precisamente a

un Coloquio Italo-Spagnolo, segunda edición del que se celebró en Granada, en la Alhambra, en la que cristalizaron encuentros entre arqueólogos medievalistas de los dos países, que, pese a sus esfuerzos y los de algunos de nosotros, no continuaron. Seguramente era el reflejo de la crisis de nuestra propia Arqueología Medieval, que está por evaluar. Nunca tuvo un reproche por ésta y otras cuestiones, porque su amor por la España actual era muy grande. El interés que mostraba por cuanto aquí se hacía le llevaba a seguir muy de cerca cualquier iniciativa y a acoger a cuantos jóvenes o menos jóvenes íbamos a Italia, teniendo que parar obligatoriamente en Siena y en su casa de Antella.

Sólo con la publicación de ese espléndido libro firmado con su gran amigo Richard Hodges, *Villa to village, the transformation of the Roman countryside in Italy c. 400-1000*, Londres, 2003, podríamos justificar su trayectoria intelectual, pero sería injusto, porque era un estudioso capaz de generar pensamiento científico muy denso y, al mismo tiempo, alumbrar miles de iniciativas para que la Arqueología fuese algo más, una tarea civil por encima de todo. La próxima publicación por la Editorial de la Universidad de Granada de un libro recopilatorio que él mismo cuidó, pondrá de manifiesto al público español el alcance de su obra.

La pérdida de Riccardo es irreparable y no creo que pueda colmarse fácilmente. Cuando hablé con su más directo discípulo en Siena, Marco Valenti, me dijo sobrecogido: "Es una tragedia. Intentaremos seguir sus proyectos como él hubiera querido".

Estoy seguro que así es, pero su persona, llena de afectos, que he conocido muy de cerca, y de pasiones por la vida y por el género humano, es sencillamente insustituible. Guardo en mi corazón las palabras de Nicoletta, su esposa, con la que tantas veces hemos hablado juntos en su casa del campo toscano, que recordaba, al hablar de su desaparición, la alegría de Riccardo por su pequeña nieta, de cuyo nacimiento supe cuando me llamó alborozado porque su querida hija le había hecho abuelo. Era así, un hombre tierno y entero al mismo tiempo, capaz de emocionarse por los más nobles sentimientos y de indignarse por las injusticias y atropellos. Nunca lo podremos olvidar como ser humano y como científico, menos aún como amigo entrañable. Estés donde estés, Riccardo, un saludo fraternal y la certeza de que tu vida no ha sido en vano.

Antonio Malpica Cuello